



LA VALIENTE ESPINELA.

Nueva relacion y curioso romance en que se dá cuenta de lo que le sucedió á esta doncella.

El sol detenga sus rayos,
y la luna su luz bella:
caduque el mar con sus olas,
y estremézcase la tierra.
Paren los cuatro elementos
en su rutilante esfera,
pues de mí no están seguros
hasta los siete planetas.
Oigan, pues, con atencion
de una muger la firmeza,
de una vívora el veneno;
y de una sierpe lo adversa.
Yo nací dentro de Ronda;
y llevándome á la iglesia
en el sagrado Bautismo
me pusieron Espinela.

Siendo, pues, en mis principios
tan altiva y tan soberbia,
que ninguno me la hacia
que con ella se me fuera,
y mis padres con amor
me pusieron á la escuela
y en breve tiempo aprendí
á leer y escribir, que es ciencia
para una muger bastante
si bien se aprovecha de ella.
Apenas tuve tres lustros
quando la parca sangrienta
quitó á mis padres la vida,
quedándome tan resuelta,
que de mi furor temblaban
muchos en la ciudad misma.

Aprendí á jugar las armas
con tal valor y destreza,
que á pocos dias salí
como el maestro maestra.
Y la causa de mi vida
tan abominable y fea
la diré por que es muy justo
que todo el mundo lo sepa.
Vivia junto á mi casa
de lindo cuerpo y presencia
un hijo de un caballero
llamado Fabian Herrera.
Gustaba mucho de hablarme
y que le correspondiera;
mas como dice el adagio;
las burlas vienen á veras.
Robóme su amor el alma
y yo viéndome sin ella,
le dije si me queria
por esposa y la repuesta
que me dió, que no igualaba
en calidad ni en hacienda,
y que me fuese con Dios
á mi casa en horabuena
que ya tenia su gusto
en dama de mas nobleza.
Obedecí su mandato,
y cual leona sangrienta
troqué el amor en rigores,
y en veneno las finezas.
Entré en mi casa furiosa,
aguardando que viniera
la noche para vengar
de mi enojo la soberbia:
me puse un calzon de ante,
con una media de seda,
y un colete de mi padre,
(que Dios en gloria tenga)
y armada de punta en blanco
tomé la espada y rodela,
y con una carabina
bajé veloz á la puerta:
vile que estaba en la calle
hablando por una reja
con cierta dama, y llegando
le dije de esta manera:
infame sin atenciones,
¿cómo atrevido desprecias

el honor de mi linage:
sabiendo que soy tan buena
como cuantas puede haber?
y así yo vengo resuelta
á que me quites la vida
ó he de quedar satisfecha;
ea, cobarde ¿á qué aguardas?
y el mozo puesto en defensa
se defendia bizarro,
pero poco le aprovecha,
que con cuatro ó cinco heridas
cayó mortal en la tierra.
Alborotóse la dama
al ver su esperanza muerta;
pero de un carabinazo
cayó como una cordera.
Vino al punto la justicia,
mas yo como una saéta
me salí bien prevenida
á la ciudad de Antequera;
este fue el primer motivo
para dejar á mi tierra:
para olvidar á mi patria,
tan poderosa y amena.
Llegué á la ilustre Granada,
fértil, pais de Amaltéa,
donde estuve algunos dias
gozando la primavera.
Dejé mi nombre y me puse
Raimundo, por Espinela,
siendo pues por mi valor
respetada donde quiera.
Senté plaza de soldado
y en el presidio de Ceuta
estuve catorce meses
en la militante escuela.
Y un dia de san Francisco,
no sé sobre qué pendencia,
quité la vida á un paisano;
mas fue mi suerte tan buena,
y mi dicha, que no quiso
que nadie me descubriera.
Pocos dias se pasaron
cuando la fortuna adversa
me condujo en un barquillo
á la ciudad de Marbella,
con un capitan que iba
á ver su casa y hacienda.

Desembarquéme, y estando una tarde en la Alameda divertida con el juego de trucos, en una mesa, no me acuerdo sobre qué se fundó una escarapela, que eran seis contra mi sola: aquí me obligó la fuerza de la razón, á sacar los instrumentos de guerra, y á las primeras mudanzas cayeron los tres en tierra, y los demás escaparon, que sino lo mismo fuera. Llegué á Málaga, y un día estando en la calle Nueva con un mercader, llegó (que el diablo todo lo enreda) un ministro y me pregunta, ¿que de qué parage era? respondile ¿qué le importa? y sobre esta pendencia me dijo que me pondria en un cepo de cabeza; alcé la mano furiosa, y en mitad de la mollera le di un golpe, y se quedó bailando la pataleta. A cuyo tiempo llegó la justicia, y me amonesta que me entregue á la prision de voluntad ó por fuerza. Dijeles que no queria y sacando mi vihuela comenzamos á danzar una jácara de cuenta: dí la muerte á un alguacil porque atrevido se arresta á prenderme, pero fué en vano su diligencia. Y á un escribano tambien le alcancé con violencia una estocada, y tomó el suelo por cabecera. En verdad que no pensé salir bien de esta refriega, sino es por un estremeño que compasivo se llega

á guardarme las espaldas y yo de cólera ciega á cual derribo, á cual mato; y finalmente hice puerta para escaparme y salir con tres heridas pequeñas. El valeroso Alejandro me siguió, y en una cueva pasamos aquella noche, y antes que el alba viniera un barquichuelo nos lleve al puerto de Salobreña, corrimos las Alpujarras, y en la villa de Alcolea nos hallamos sin dinero, ni cosa que lo valiera. Entramos en una casa y á una señora de prendas, con una industria muy rara, la quitamos en moneda hasta cuatro mil ducados, que no fue muy mala presa. Campamos algunos días haciendo tantas vilezas, que todo nuestro cuidado era espulgar faltriqueras. A Cartagena volvimos, y á una pobre tabernera la quitamos cien ducados dejándola medio muerta. Llegamos á Montegica, y en lo alto de la sierra hallamos á un sacerdote que pasaba en una yegua caballero, y lo metimos en lo áspero de una breña: al tiempo de registrarle compasivo se lamenta, diciendo: no me mateis, amigos, que yo quisiera traer á vuestro servicio de este mundo la riqueza: veis aquí dos mil ducados, y en pago de su fineza lo dejamos maniatado sin alguna resistencia. En el monte de Archidón cogimos una calesa

157
con un caballero noble
y una señora discreta.
Lleguéme á él y le dije;
baje usted al punto á tierra,
que quiero que me confiese
el oro y plata que lleva.
Sacó al punto una pistóla,
para tirarme con ella,
mas no quiso la fortuna
que diese lumbre la piedra,
y arrojándome atrevida
con inhumana fiereza
le dí cinco puñaladas;
y la señora se queda
viendo la triste desgracia
mas pálida que la cera,
que podrian sus suspiros
ablandar las duras peñas.
Enternecióme su llanto,
y mi compañero llega
á despojarla, mas yo
le dije que no lo hiciera:
y volviendo al caballero,
le hallamos en la maleta
ochenta y cuatro doblones
con mas de ciento y cincuenta
ducados en calderilla
con alguna plata entre ella.
Recogimoslo, y al punto
caminando á toda priesa
entramos en el Rio Gordo,
y la justicia que llega,
donde sin poder valernos
nos aprisionan y cercan
en un meson, y entonces
mi compañero intenta
defenderse mas no pudo
porque el pecho le atraviesan;
con el trabuco y yo sola
hice tanta resistencia,
que para prenderme hubo
muertos y heridos cincuenta.

Finalmente me apresaron
y maniatada me llevan
á la ciudad de Granada,
donde la justicia recta
castiga haciendo justicia,
para que tomen enmienda.
Sacáronme á la visita,
y yo puesta en la presencia
de tantos señores nobles
que mandan, rigen, gobiernan,
confesé todas mis culpas
como referidas quedan,
y postrada de rodillas
les dije de esta manera:
señores, yo soy muger
y mi nombre es Espinela,
de esclarecido linage;
con que la sala se queda
suspensa; mas luego al punto
me leyeron la sentencia
de que pague en un garrote
las cometidas ofensas,
y pasados los tres dias,
á voz de pregon me llevan
hasta la plaza mayor
donde la muerte me espera
y ya puesta en el suplicio
pidiendo Señor clemencia,
invoqué á la Virgen pura
diciendola: sacra Reina,
madre de misericordia
dulce y abogada nuestra,
suplicadle á vuestro Hijo,
que por su amor me conceda
el perdon de mis pecados....
Esto dije, y con violencia
llegó la homicida parca,
y el cuerpo sin alma queda.
Escarmentad pecadores,
mugeres, vivid alerta,
que quien anda en malos pasos
este es el fin que le espera.

FIN.

CARMONA:—1856

Imp. de D. José M. Moreno, calle Juan de la Cabra núm. 5.